

**N**O es cuestión de insistir en lo ya sabido; que los Oscar son, ante todo, los premios que la industria de Hollywood concede a aquellas obras y a aquellas personas que mejor responden a sus intereses en un momento dado, que poseen un valor fundamentalmente comercial, de lanzamiento o consagración de unos productos determinados. Sacar a los Oscar de este enfoque es extrapolar su significado, otorgarles una relevancia que no va acorde con su carácter de mero indicativo industrial. Lo que sucede a veces —raras veces— es que esos criterios coyunturales de Hollywood coinciden con una valoración crítica que se apoya en supuestos muy diferentes de los de la Academia de Artes Cinematográficas. Es lo que ha sucedido este año, donde una excelente película —“One flew over the cuckoo's nest”, de Milos Forman— se ha llevado los cinco grandes Oscar (mejor film, director, actor, actriz y guión) sobre un total de nueve nominaciones y en competición con, principalmente, “Barry Lindon”, de Stanley Kubrick (cuatro Oscar); “Tiburón”, de Steven Spielberg (el gran derrotado, tres Oscar); “Nashville”, de Robert Altman (un Oscar), y “Dog day afternoon”, de Sidney Lumet (un Oscar), siendo las estatuillas de estas cuatro últimas películas de las calificadas como “secundarias”. Por otro lado, el veterano Akira Kurosawa lograba el premio a la mejor película extranjera, pero no por un film rodado en Japón —donde siempre ha trabajado—, sino en la Unión Soviética: “Dersu Uzala”, y la aún más veterana Mary Pickford recibía ese Oscar especial con que cada año se premia a las “viejas glorias”.

Evidentemente, “One flew over the cuckoo's nest” no es ni mejor ni peor a causa de la avalancha de galardones que le ha venido encima. Lo que sí creo es que, a la larga, puede perjudicarla en cuanto que esos cinco Oscar sitúan a la obra de Forman en una dimensión que no es la suya: la de la superproducción espectacular “made in USA” capaz de sugestionar al público de todas las latitudes, habitual triunfadora de la ceremonia hollywoodense. Me temo que si la publicidad no se esfuerza por lanzar la película —en aquellos países donde, como España, aún no se ha estrenado— de manera sumamente inteligente, sin dejarse deslumbrar por el brillo de las estatuillas y situándola en su verdadero nivel; si los críticos no olvidan sus prejuicios a favor (los gacetilleros) o en contra (los que acaban de descubrir el “valor de cambio” como regla áurea de su trabajo) de los Oscar a la hora de analizar el film,



### Psiquiatría y parábola política

## EL SEXTO «OSCAR» DE «ONE FLEW OVER THE CUCKOO'S NEST»

éste se va a ver rodeado de la incomprensión de un público que ya tiene la imagen preconcebida de lo que una obra cargada con tantos premios debe ofrecerle. Lo que sería especialmente lamentable e injusto en el caso de “One flew over the cuckoo's nest”.

Porque este quinto largometraje de Milos Forman —y segundo de su etapa norteamericana, tras “Taking off”— no responde en absoluto a los cánones del “sólido producto comercial”, complaciente y habitualmente reaccionario, con que Hollywood encabeza sus “hit-parades”. Lo que el cineasta checo propone, y no por primera vez, es una reflexión sobre la capacidad de aniquilamiento de una sociedad determinada sobre aquellos seres que se resisten a seguir sus reglas. Como “una especie de metáfora humana en torno a si el poder tiene

derecho a destrozar a aquellos que se oponen a él y a si hay posibilidad de llevar a cabo esta oposición”, definía el propio Forman su película en una conferencia de prensa que mantuvimos con él en París un grupo de periodistas españoles (y que reproduciremos ampliamente cuando el film se estrene entre nosotros, tras su paso por la Semana de Valladolid). Es este alcance de parábola política, de alegoría sobre una situación represiva, lo que da a “One flew over the cuckoo's nest” su verdadero sentido global. Hasta llegar a él, Forman realiza su habitual mezcla dramática entre un humor de personajes y situaciones y la carga trágica que sustenta a ambos. Una vez trazada la parábola, el autor de “Los amores de una rubia” muestra todo su pesimismo, todo su desencanto cara a

las alternativas que caben ante esa realidad de autoritarismo y represión, y que él acaba cifrando en la destrucción o en la huida. Con lo que se sitúa junto a un importante sector del cine y la narrativa norteamericanos de los años 60/70, y es fiel a una trayectoria filmográfica y personal.

Pero si tal alegoría da sentido a la interpretación totalizadora de la película, “One flew over the cuckoo's nest” (traducible literalmente por “Uno voló por encima del nido del cuco”, último verso de una canción popular y que aquí juega con el significado en argot del término “cuckoo”: excéntrico, loco), contiene en un primer nivel de narración una tan certera como impresionante visión de los métodos con que suele desenvolverse la asistencia psiquiátrica tradicional. El progresivo enfrentamiento entre el “falso loco” McMurphy y la enfermera jefe miss Ratched —con espléndidas interpretaciones de Jack Nicholson, menos “numerero” de lo habitual, y Louise Fletcher, en un papel de gran dificultad— vertebra la anécdota del film y da ocasión para que Forman ejerza una severa crítica sobre los brutales métodos carcelarios en que la institución psiquiátrica típica basa su pretendida labor terapéutica, especialmente a través del electroshock y la lobotomía. Tema este particularmente delicado, porque es muy fácil conseguir con los locos una risa que se venda bien”, nos decía Forman cuando le preguntábamos sobre las dificultades que veíamos “a priori” en que su estilo tragicómico y el histrionismo de un actor como Nicholson se pudieran aplicar a una problemática tan acuciante como la del tratamiento de las enfermedades mentales. Sus imágenes nos habían dado ya para entonces la respuesta.

Problemática acuciante que “One flew over the cuckoo's nest” recoge en 1962 (fecha de la publicación de la novela del mismo título —ya un “clásico” en Estados Unidos— de Ken Kesey en que se basa, llevada posteriormente al teatro por Dale Wasserman), pero que en España la sentiremos como totalmente actual en 1976. Y pienso, nada gratuitamente, que uno de los mejores efectos que la película de Forman podría tener en España es que diera ocasión a un debate abierto sobre nuestra psiquiatría oficial, tan tristemente próxima a la que en ella se muestra. Habría que darle entonces al film un Oscar suplementario, que bien podría estar financiado con las minutas de un López Ibor... ■ FERNANDO LARA.